

oyentes, siempre resultaba oportuno un verso de Dante, de Parini o de Carducci, para elevar el sentimiento. No faltaban tampoco los consejos para que los inexpertos se abstuviesen de comer determinados frutos o de beber agua en ciertos arroyos, consejos no siempre escrupulosamente observados por el propio guía. «Recuerdo—dice uno de sus compañeros de excursiones—la algazara de su pequeño ejército cuando sorprendió al profesor Ferrini que transgredía sus preceptos, echado a tierra, después de largas horas de cansancio, para beber un poco de agua». Una de aquellas transgresiones fué mortal para Ferrini. Cierta que al comenzar su última excursión ya se sentía algo indispuerto, y sólo después de beber el agua pudieron temer que se hallase contaminada.

Más si en esto cedió alguna vez, en punto a la observación de los deberes religiosos durante las excursiones se mostró tenazmente inflexible. Al organizarlas excluía siempre los días festivos, o por lo menos contaba con el tiempo necesario para oír la Santa Misa, aun cuando con ello sufriese algún retraso la marcha. Jamás quebrantó tampoco el ayuno o la abstinencia, aun cuando el cansancio fuese grande y no hubiera facilidad para encontrar comida apropiada. Su compañero en la última excursión, el abogado Albasini Serosati, cuenta que un viernes, después de dos días de fatigoso camino por la montaña y faltando todavía otro de viaje, fueron a buscar comida de vigilia en una humilde hospedería alpina. Al no encontrarla, Albasini se consideró dispensado de la abstinencia; Ferrini sólo comió un pedazo de salmón que llevaba consigo.

¿Cómo se explica esta pasión de Ferrini por la montaña? ¿Hay en esta afición *apasionada* algo que, aun siendo licito, no responda al mismo espíritu que hemos visto en las demás manifestaciones de su vida?

Leámosle: «¡Cuántas veces desde las arduas cimas del Zeda y del Marona he mirado con indefinido placer el inmenso panorama que se extendía a mis pies! ¡Con cuánto agrado he pasado largas horas en los glaciares de Macugnana, entre los abetos y las cascadas alpinas! Eran precisamente aquellos panoramas, aquellos abetos, aquellas candidas cimas enrojecidas al sol naciente; era el blando rayo de la luna, que jugaba en la callada noche, reflejo de la encrespada superficie del lago, los que despertaban, poderoso, en mí el sentimiento religioso, ideal y el odio y desprecio hacia toda fealdad. Si yo fuese poeta, hubiese sido aquél el momento de mi inspiración. El sentimiento de la naturaleza se presentaba evidéntísimo... en la Biblia, es decir, en la literatura del único pueblo ver-

